



No todos estamos en la misma barca

# PERSONAS MIGRANTES, REFUGIADAS Y CORONAVIRUS

El pasado 30 de abril en un webminar el P. Arturo Sosa, superior general de la Compañía de Jesús, compartió cómo la Compañía de Jesús estaba respondiendo al Covid-19 y planteó una imagen muy gráfica. Decía que a veces se escucha que en esta crisis estamos todos en la misma barca.

El P. Sosa decía que no le gustaba esta imagen y proponía otra: «No es que estemos en la misma barca, sino que estamos todos sufriendo una misma tormenta; sin embargo, unos van en unas barcas fuertes que incluso le sacan provecho a la tormenta y otros van en unas barquitas que a la mínima ola se voltean y caen los que van en la barca». El coronavirus es la tormenta que afecta a toda la humanidad, pero nos ha encontrado en barcas muy diferentes.

Un colectivo que afronta esta tormenta en barcas muy frágiles es el de las personas refugiadas y migrantes. A las dificultades de haber tenido que dejar su

**El ACNUR calcula que casi 71 millones de personas se han visto forzadas a dejar sus lugares de origen. No hay región en el mundo que no se vea afectada: bien porque su población tiene que salir, porque llegan personas de otros lugares o son países de tránsito.**

tierra huyendo de la violencia, la pobreza o la persecución, se suma la de encontrarse en un lugar diferente, con una enfermedad que no sabemos curar y con unas restricciones de movilidad que pueden marcar la diferencia entre la subsistencia o la precariedad. El mundo de la migración y el refugio es muy amplio.

El ACNUR calcula que casi 71 millones de personas se han visto forzadas a dejar sus lugares de origen por diversas causas, y cada flujo migratorio tiene sus características. No hay región en el mundo que no se

vea afectada por esta realidad, bien porque su población tiene que salir, bien porque llegan personas de otros lugares o porque son países de tránsito. Pero ¿cómo viven las personas migrantes y refugiadas la pandemia? ¿Les hará cambiar sus planes migratorios? ¿Temen al virus? Vamos a acercarnos a algunas realidades que acompañamos de diferentes maneras desde ALBOAN para ver cómo impacta el coronavirus a las vidas de algunas personas migrantes y refugiadas.

### UNA PEQUEÑA PARROQUIA EN NADOR

Al norte de Marruecos, en Nador, muy cerca de la valla de Melilla, en una parroquia con menos de veinte católicos está la Delegación Diocesana de Migraciones, que atiende a los miles de personas de diferentes países de África que intentan llegar a Europa. Allí hay una comunidad de tres jesuitas que, junto a un equipo multicultural y multiconfesional, trabajan incansablemente para acompañar a las comunidades migrantes que buscan llegar a tierra española.

Las personas migrantes intentan ir al norte por vías ilegales muy peligrosas, poniéndose en manos de mafias porque los gobiernos europeos no ofrecen vías legales para migrar. La manera más frecuente de pasar es amontonarse un grupo grande en una patera confiando en que llegue a costas andaluzas. En este caso la imagen de la barca frágil es literal y, lamentablemente, son muchas las vidas que el mar se ha tragado.

El gobierno marroquí, con la llegada del coronavirus, decretó un tiempo de confinamiento que limita la mayor parte de las actividades sanitarias y psicosociales que la Delegación de Migraciones suele hacer. Esto deja a los miles de migrantes que viven en el bosque sin opciones para buscar comida, agua o acudir al hospital en caso de enfermedad. Junto a la parroquia hay una pequeña residencia para migrantes convalecientes o que acaban de dar a luz. Y allí un grupo pasa recluido este tiempo. Nos interesa cómo están viviendo la epidemia en esta residencia. Por un lado, gran parte de las residentes son musulmanas celebrando el mes de ramadán, así que la primera palabra que sale de su boca es que hay que confiar en Dios, pues Él sabrá lo que hace, a pesar de que viven con incertidumbre todo lo que el coronavirus supone.



Muchas personas optan por un peligroso viaje como polizones tratando de llegar a Estados Unidos.



Minwer, Wafaa y sus hijos en Portugalete.

Fatima, de Guinea Konakri, nos dice que han oído que es una enfermedad de personas mayores y que, aunque en Europa hay más gente enferma, sabe que allí hay más medios sanitarios. Esto le refuerza su sueño migratorio porque, si lo consigue, tiene más posibilidades de alcanzar una vida digna. Fatima entiende el miedo de la gente en Europa porque el virus mata a



muchas personas. Ella y otras migrantes también tienen miedo, en este caso a que abusen de ellas, a que las obliguen a casarse en su país y a sufrir violencia. Y este miedo es el que las empuja a migrar corriendo tantos riesgos

Alvar Sánchez SJ es el responsable de la Delegación Diocesana de Migraciones en Nador y nos cuenta que están viviendo la situación con mucha impotencia. Por un lado, tienen que cumplir las restricciones decretadas por las autoridades que les obligan a parar sus actividades. Pero, por otro, las necesidades de las personas migrantes son cada vez mayores y siguen buscando maneras de poder seguir acompañando a los campamentos de migrantes en estos momentos especialmente difíciles, porque no van a dejar de estar a su lado.

Los datos del Ministerio del Interior de España indican que durante el estado de alarma la llegada de migrantes se ha reducido un 50%, sin duda por las dificultades de movilidad en un país paralizado y no porque la enfermedad haya hecho cambiar a los migrantes de opinión.

#### EL ALBERGUE DE HUICHAPAN, EN MÉXICO

En Huichapan, un pueblo del estado de Hidalgo en México, hay un pequeño albergue que acompaña el Servicio Jesuita a Migrantes. Este albergue ofrece alojamiento y comida a las personas que cruzan México tratando de llegar a Estados Unidos para hacer realidad el sueño americano. Antes de la pandemia, lo habitual era que las personas llegaran, comieran, descansaran y al día fuesen a una fábrica de cemento cercana para subirse a «La Bestia», ese tren interminable de mercancías que en su viaje al norte va cargado de polizones que buscan la manera más rápida de desplazarse.

Todo ese ritmo se ha visto afectado por el Covid-19. En México a principios de mayo aún no había números muy altos de contagios o fallecimientos por Covid-19, pero ya había medidas de restricción de movimientos con graves consecuencias económicas en un país en el que 6 de cada 10 personas viven de la economía informal.

Conrado Zepeda SJ es un jesuita que trabaja con migrantes y está pasando el confinamiento en el albergue

### El Covid-19 es una amenaza que nos ha mostrado nuestras vulnerabilidades y ha causado heridas a toda la humanidad, pero puede ser una ocasión de crecer en conciencia común.

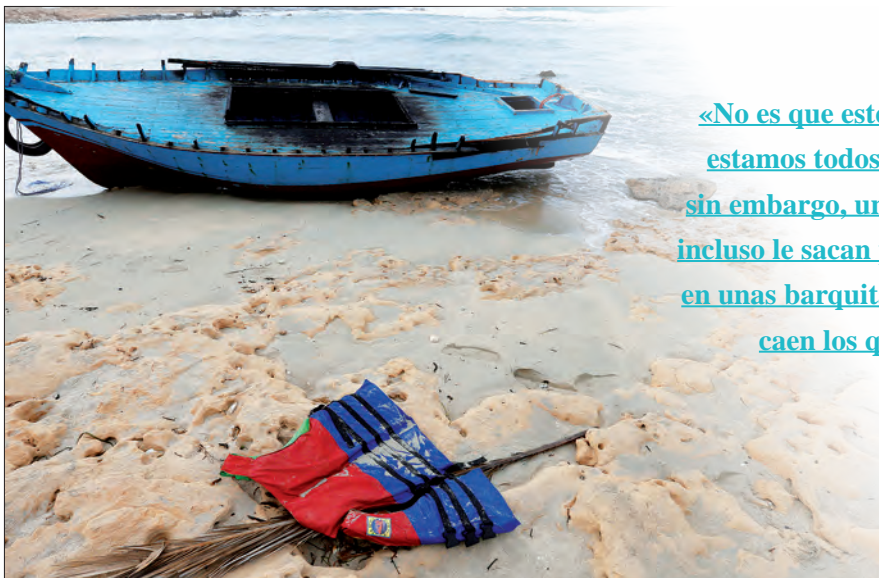
de Huichapan. Nos cuenta que uno de los retos que tienen es paliar la desinformación de los migrantes sobre el virus y sobre las restricciones que se pueden encontrar en los estados del norte de México, y han comenzado actividades de sensibilización.

Ahora los migrantes se quedan más tiempo en el albergue porque «La Bestia» se ha detenido por primera vez en años y ya no sale cada día. A estas dificultades se suma una mayor estigmatización de la población migrante a la que la población local considera fuente de contagio. Y para colmo, han notado que el crimen organizado campa a sus anchas en la situación de confinamiento, aumentando el peligro para los migrantes y para toda la población.

Aunque en algún momento se planteó la posibilidad de restringir la actividad e incluso cerrar el albergue, finalmente decidieron adaptarse y seguir acom-



Según el ACNUR, 37.000 personas cada día se ven obligadas a huir de sus hogares por causa de los conflictos y la persecución.



«No es que estemos en la misma barca, sino que estamos todos sufriendo una misma tormenta; sin embargo, unos van en unas barcas fuertes que incluso le sacan provecho a la tormenta y otros van en unas barquitas que a la mínima ola se voltean y caen los que van en la barca», P. Sosa.

pañando a tantas personas que, pese a la pandemia, mantienen intacto su deseo de migrar al vecino del norte.

#### «PATROCINIO COMUNITARIO» EN BIZKAIA

En el mes de abril del año pasado llegaron al País Vasco Minwer, Wafaa y sus hijos e hijas, una familia siria que, tras pasar seis años en Jordania, fue reasentada en Portugalete (Bizkaia) en un proyecto en consorcio entre el ACNUR y la Compañía de Jesús.

Karmele Villaroel, la trabajadora social de la Fundación Ellacuría que los acompaña, es testigo de los esfuerzos que han ido haciendo para adaptarse a su nuevo lugar en el mundo. Además, cuenta con un grupo de voluntariado que da forma al modelo de «patrocinio comunitario», con los que han generado una auténtica relación de familia.

Desde que empezó la pandemia la familia de Minwer y Wafaa sigue las recomendaciones de las autoridades con sus hijos como traductores, ya que en estos meses son ellos quienes más han avanzado en el aprendizaje del castellano y el euskera y siguen las novedades que anuncian en la televisión. Siguen muy pendientes de sus familiares en Siria y en otros países y son continuas las videoconferencias con su grupo de patrocinio con quienes querían compartir las comidas durante el mes de ramadán.

Debido a la crisis saben que su proceso de inserción en la sociedad que les acoge irá más lento, pero saben que cada cual tiene que poner de su parte para vencer al virus. El agradecimiento que sienten por el equipo del centro de salud de su barrio les hace cocinar para ellos comida típica de Siria: «las

pediatras llevan un año cuidando de nuestros hijos con todo el cariño, ahora nosotros podemos cuidarlas a ellas un poquito y devolverles algo de todo esto».

#### EL SUEÑO DE ALCANZAR UNA BARCA SEGURA

En Marruecos, en México, en Portugalete y en miles de lugares a lo largo del mundo las personas migrantes y refugiadas también sufren la crisis que el Covid-19 está provocando a toda la humanidad. Y, como apuntaba el P. Arturo Sosa, se enfrentan a esta tormenta en barcas muy inestables, como las pateras del Mediterráneo o como «La Bestia» de México, con gran peligro de caer.

El miedo a la enfermedad del coronavirus se suma a los miedos que les hicieron migrar y refuerza el sueño de encontrar un lugar seguro, una barca segura en la que poder enfrentar tantas tormentas, sabiendo que podrán capear el temporal y encontrar las condiciones de una vida digna en una sociedad acogedora.

En ALBOAN trabajamos construyendo una ciudadanía global porque cada vez somos conscientes de que lo que vivimos aquí tiene implicaciones en los países del sur global y viceversa. El Covid-19 es una amenaza que nos ha mostrado nuestras vulnerabilidades y que ha causado heridas a toda la humanidad, pero puede ser también una ocasión de crecer en conciencia común y de generar una ciudadanía más solidaria, más fraterna y más justa.

*Nota:* Por razones de privacidad, algunos nombres de las personas citadas no son los reales.

JAVIER MONTES  
ALBOAN